

EL ERROR JUDICIAL*

Federico Campbell

En una de las escenas claves de *El contexto** el inspector Rogas dialoga con un ex convicto que purgó una condena sin haber sido culpable.

- Pero usted era inocente- dice Rogas.

- Sí, inocente... Pero ¿qué quiere decir ser inocente cuando se cae en el engranaje? No quiere decir nada, se lo aseguro. Es como atravesar la calle y ser atropellado. ¿Qué sentido tiene decir algo así?

- Pero no todos son inocentes -agrega Rogas- Me refiero a los que caen en el engranaje.

- A cómo anda el engranaje todos podríamos ser inocentes.

- En ese caso también podría decirse: a cómo anda la inocencia todos podríamos caer en el engranaje.

Lo que afirma Giulio Einaudi sobre la obra de Sciascia alude a un mundo que también se deriva de la lectura cotidiana de los periódicos; "El juego dialéctico de alusiones y resonancias, el rebote de preguntas y respuestas, el gusto corrosivo de la ironía, hacen de esta novela -siempre animada por una inteligencia solapada y chispeante- una suerte de reflexión que tiene por tema la sustancia, la modalidad y la arrogancia del poder, la degradación de la convivencia civil, la imposibilidad de la justicia. En una palabra: la crisis de civilización que hoy estamos viviendo."

En 1971 Sciascia escribió y publicó *El contexto*, la novela que en 1978 Francesco Rosi trasladó al lenguaje cinematográfico como *Cadáveres ilustres*. TM vez por la ascendencia española de Sicilia, quizá por el parentesco etimológico existente entre el castellano y el siciliano, no reprime su evidente amor a la literatura en lengua española. Otra de sus novelas, *Todo modo* arranca de una frase de Ignacio de Loyola: "Todo modo, todo modo, lodo modo... para buscar y hallar la voluntad divina". Así, en *El contexto* se permite intercalar entre los diálogos un verso de Luis Cernuda ("*Paisaje mexicano*") y el *argumentum*

ornithologicum de Jorge Luis Borges sobre el número de pájaros en el cielo en un momento dado y la existencia de Dios. Por si fuera poco, hace caer asesinado al jefe del Partido Revolucionario en un museo, junto a un óleo imaginario: "El Lázaro Cárdenas, de Velásquez."

Parodia de novela policiaca, ficción más realista que un reportaje descarnado y vivo, *El contexto* proyecta un ambiente en el que el poder brutal y omnipresente -el de la violencia legal, sorda, el de las satánicas e inapelables "razones de Estado", el de un país que condena pero emula las formas de la mafia, el de una nación gobernada por gangsters- marca y decide el destino de individuos y grupos. Más allá del artificio narrativo del género detectivesco, aflora la alegoría de la pasión política.

El inspector Rogas se propone investigar la muerte en serie de varios magistrados del Tribunal Supremo, asesinados en una sucesión enigmática. Busca la relación entre los diferentes homicidios, las ciudades en las que se han cometido, los juicios que en sus carreras han tenido los jueces sacrificados. Por eliminación, va procediendo en torno de cada caso de error judicial que culminó en la condena injusta de un inocente. Localiza a tres o cuatro ex reclusos, les pregunta por los jueces muertos, y en sus pesquisas se queda con uno; Cres. ¿Quién es Cres y dónde se encuentra?

Acusado de tentativa de uxoricidio, Cres sufre cinco años de prisión sabiéndose inocente. Su esposa lo había acusado de haber intentado envenenarla con arroz negro (un postre a base de chocolate) que provocó la muerte de su gato cuando le dio una probadita. Pero Cres desaparece al salir de la cárcel. Rogas, intrigado, lo busca y de pronto descubre, por azar, que el ex presidiario viven en el centro mismo del poder, algo así como en la Casa Blanca o en los Pinos de ese país imaginario. El inspector palidece ante la magnitud de su descubrimiento, se sabe poseedor de un secreto incommunicable e incompatible y, como lo temía, otras fuerzas judiciales empiezan a asediarlo. Opta entonces por entrevistarse con el jefe del Partido Revolucionario, se cita con él en un museo, y ambos caen desangrados por balas disparadas desde las tinieblas.

* De Leonardo Sciascia; traducción de Carmen Artal; Editorial Bruguera; Barcelona, 1981.

Pero justamente no es la intención de Sciascia, al eludir los convencionalismos del acertijo policíaco, resolver este misterio. Por incomprensible, por inaveriguable, deja en blanco la solución de ese problema. Y en eso está lo que quiere decir: la impunidad macabra del Estado incuestionable triunfa sobre todo idealismo.

En ese país imaginario en el que la persecución y la tortura se encuentran del lado de la Justicia, el inspector Rogas se topa con un maniático de la ley y el orden, el presidente Riches del Tribunal Superior, enemigo de Voltaire, Bertrand Russell, Sartre, y dueño de una utopía, una *civitas dei*, un falansterio donde "no existe el error judicial"

- ¿Era inocente o cree que era inocente? -dice Riches.
- Creo que Cres era inocente -responde Rogas.
- Pero ¿se ha planteado usted alguna vez el problema de juzgar?
- Siempre.
- ¿Y lo ha resuelto?
- No.
- Precisamente: no lo ha resuelto. Yo sí, obviamente -añade Riches-. Yo lo he resuelto en el acto mismo de juzgar. Tomemos por ejemplo la misa: el misterio de la transustanciación, el pan y el vino que se convierten en el cuerpo, la sangre y el alma de Cristo. El sacerdote puede ser indigno, pero el hecho de que esté investido del orden sagrado hace que en cada celebración se realice el misterio. Nunca, óigame bien, nunca, puede suceder que no se produzca la transustanciación. Pues igual es un juez cuando celebra la ley: la justicia no puede dejar de manifestarse, de transustanciarse, de cumplirse. Inevitablemente. El error judicial no existe.

- Pero los grados del juicio, las apelaciones...

- Postulan únicamente la existencia de una opinión digamos laica sobre la justicia. Que un acusado haya cometido o no el delito es algo que para los jueces nunca ha tenido ninguna importancia.

El thriller político se torna, pues, en un mero pretexto para dar marcha a la acción novelesca. Y lo que fue una tensión al principio sostenida -el aparente rompecabezas-trampa de las ficciones detectivescas- al final se distiende. Como una fuerza sorda pero no ciega, el diabólico poder del Estado se impone, como una furia de Dios en la Tierra. "Empecé a escribir El contexto divirtiéndome -escribió Sciascia-, pero cuando lo terminé ya no me divertía nada."

"La historia empezó a moverse en un país totalmente imaginario; un país en el que ya no tenían curso las ideas, en el que los principios eran cotidianamente escarnecidos, donde las ideas se reducían en política a puras denominaciones en el juego de las partes que el poder se asignaba, en el que sólo contaba el poder por el poder mismo. Un país imaginario, repito."

El contexto no es, obviamente, una invención salida de la nada.

De la nada, nada sale. Pero una vez más la realidad la excede ratificándola. Ya en los momentos de la aparición de El contexto, Leonardo Sciascia no se hacía ilusiones y la sustancia de su novela "quiere ser la de una fábula moral sobre el poder en el mundo, sobre el poder que cada vez nos degrada más bajo la impenetrable forma de una concatenación que, aproximativamente, podríamos llamar maliciosa".

Capítulo del libro en preparación: *La memoria de Sciascia*.



E. L. Kirchner: *Cabaña alpina*. 1917.